

Corazón visible de España.

GUITARRA POPULAR

POR JOSE BRUNO

No sabría nunca el aria desmayada y afónica de mi prosa componer una alabanza discreta de la guitarra. Porque la amo demasiado, no la sé ponderar. Mas no hay tampoco amor que, mal o bien, no se manifieste, pues que habla la boca por la abundancia del corazón.

¡Guitarra, magnífico trofeo que nos dejó el árabe, para que cantáramos nuestra victoria! ¡Guitarra, eterna cítara, *sistro* de los banquetes clásicos, alentadora del valor, risa de nuestras alegrías, llanto de nuestras penas, compañía del solitario orgulloso, y orgullo de los humildes...!

Ningún instrumento más amado, porque ningún otro, sin duda, sabe adaptarse a nuestro sentimiento íntimo, porque para hacer sonar la guitarra hay que abrazarla... Ella tiene pecho suave, cintura fina, caderas de mujer, vientre fecundo de armonía. Ella es primorosamente adornada con moñitos y lazos en el mástil, con caladas clavijas, con ceja de marfil labrado; ella, como una mujer, es tierna compañera de nuestras soledades y depositaria de nuestros secretos.

Con la rudimentaria sencillez de sus seis cuerdas puede emprender el arte las más diestras creaciones y más refinadamente urdidas: Sors, Tárrega, Tiers han conseguido interpretar, empleando un dedo hábil y una profunda técnica, las grandes ideas armónicas de los genios, y arrancaron de la guitarra la inspiración suprema.

Pero, entre tanto, sobrevivía la guitarra humilde, la guitarra popular, la guitarra flamenca; más estrecha y corta, y menos sabiamente manejada; la guitarra alegre del jaleo, de las serenatas, de bodas y bautizos; la guitarra, en fin, de ese *ratito* epicúreo que echan dos buenos compadres en cuanto brilla más de la cuenta el oro de las cuatro cañas mano a mano...

Guitarra popular, que lleva atentamente la pauta de la copla, que pica las falsetas clásicas, de ritmo lánguido y perdido acento; en la que vibran emocionadamente los nervios de las cuerdas agudas y la seda roja del entorchado bordón. En ella duerme la posible música española; de la guitarra ha de salir nuestro genuino arte nacional e imperecedero. ¿Qué mano inspirada sacará, un día, la rapsodia hispana fundamental, la fuga típica de los meridionales, la sinfonía de la raza...?

No sólo en el estudio grave de los grandes modelos ya perpetuamente aceptados, sino en la misma medula nacional, que de fijo se oculta en ese esbelto mástil, cruzado por los finos trastes relucientes, como tronco de zumbador insecto, se ha de buscar la definitiva música española.



Los acentos de la guitarra son netamente humanos; son, por su sencillez, esenciales. Un día, cuando muchas manos hayan intentado lo premioso, la sencillez descollará la guitarra patria y sorprenderá con el sublime fácil...

Amar la guitarra es dar en la verdad de nuestra música. Ella guarda el secreto; pero lo guarda sólo para el que lo sepa encontrar.

Amemos la guitarra. En esa jaula frágil en que las cuerdas son suaves rejas, vive el ruiseñor nuevo de nuestra originalidad.

Porque la guitarra, con su libre técnica, libre como la de las aves, responde insuperablemente a nuestros sentires. Cuando, en la fastuosa noche meridional, bajo la fresca parra, en el patio lunado, unos dedos leves acarician los nervios sonoros, diríase que nuestro corazón se ha vestido de seda... Y cuando la mano de la raza se crispa y quiere expresar las energías de las exaltaciones, la guitarra, que ostenta roto el pecho, sabe adivinar el ritmo exacto de nuestra emoción con las seis lágrimas sonantes de sus seis cuerdas fundamentales y eternas.

Jose Bruno

(DIBUJO DE MARTINEZ DE LEON)